

ESCENA XXII.

DOÑA JUANA, *de hombre*; DON PEDRO, DOÑA INES; DOÑA CLARA, *de mujer*, y DON JUAN *con banda en el brazo*. — Dichos.

DOÑA JUANA.
¡Padre de los ojos míos!

DON DIEGO.
¡Cómo! ¿quién sois?

DOÑA JUANA.
Doña Juana,
Hija tuya.

DON DIEGO.
¿Vives?

DOÑA JUANA.
Vivo.

DON DIEGO.
¿Pues no es tuya aquesta carta?

DOÑA JUANA.
Todo fué porque vinieses
A esta corte, donde estaba
Don Martín hecho Don Gil,
Y ser esposo intentaba
De Doña Ines, á quien di
Cuenta desta historia larga,
Y á poner remedio viene
A todas nuestras desgracias.
Yo he sido el Don Gil fingido,
Célebre ya por mis calzas,
Temido por alma en pena.

(*A Don Martín.*)
Por serlo tú de mi alma,
Dame esa mano.

DON MARTIN.
Confuso
Te la beso, prenda cara,
Y agradecido de ver
Que cesaron por tu causa
Todas mis persecuciones.
La muerte tuve tragada,
Quintana contra mí ha sido.

DOÑA JUANA.
Volvió por mi honor Quintana.
DON MARTIN. (*A Don Diego.*)
Perdonad mi ingratitud,
Señor.

DON DIEGO.
Ya padre os enlaza
El cuello, quien enemigo
Vuestra muerte procuraba.

DON PEDRO.
Ya nos consta del suceso,
Y las confusas marañas
De Don Gil, Juana y Elvira.
La herida no ha sido nada
De Don Juan.

DON JUAN.
Antes por ver
Que ya Doña Ines me paga
Finezas, tengo salud.

DOÑA INES.
Dueño sois de mí y mi casa.
DON PEDRO.
Don Antonio lo ha de ser
De la hermosa Doña Clara.

DOÑA CLARA.
Engañome como á todos
Don Gil de las verdes calzas.

DON ANTONIO.
Yo medro por él mis dichas,
Pues vos premiáis mi esperanza.

DON DIEGO.
Ya, Don Martín, sois mi hijo.

DON MARTIN.
Mi padre que venga falta
Para celebrar mis bodas.

ESCENA XXIII.

CARAMANCHEL, *lleno de candelillas el sombrero y calzas, vestido de estampas de santos, con un caldero al cuello y un hisopo*. — Dichos.

CARAMANCHEL.
¿Hay quien rece por el alma

De mi dueño que penando
Está dentro de sus calzas?

DOÑA JUANA.
Caramanchel, ¿estás loco?

CARAMANCHEL.
Conjúrote por las llagas
Del hospital de las bubas.
Abernuncio, arredo vayas.

DOÑA JUANA.
Necio, que soy tu Don Gil:
Vivo estoy en cuerpo y alma.
¿No ves que trato con todos,
Y que ninguno se espanta?

CARAMANCHEL.
¿Y sois hombre, ó sois mujer?

DOÑA JUANA.
Mujer soy.

CARAMANCHEL.
Eso bastaba
Para enredar treinta mundos.

ESCENA XXIV.

OSORIO. — Dichos.

OSORIO.

Don Martín, ahora acaba
Vuestro padre de apearse.

DON PEDRO.
¿De apearse y no en mi casa?

OSORIO.
Esperando os está en ella.

DON PEDRO.
Vamos pues, porque se hagan
Las bodas de todos tres.

DOÑA JUANA.
Y porque su historia acaba
Don Gil de las calzas verdes.

CARAMANCHEL.
Y su comedia con calzas.

AMAR POR ARTE MAYOR.

PERSONAS.

DON ORDÓÑO II, *rey de Leon*.
DON SANCHO ABARCA, *rey de Navarra*.
DOÑA BLANCA, *infanta de Leon*.

DON LOPE.
DOÑA ELVIRA.
DON MELENDO.
DON TELLO.

DON GARCIA.
DOÑA SANCHA.
BERMUDO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es á una jornada de Oviedo y en Leon.

ACTO PRIMERO.

Sala en la quinta de Don Melendo á una jornada de Oviedo.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, *de camino*; DON MELENDO.

DON TELLO.

Don Lope ñíguez, biznieto
Del primer Rey que en Sobrarbe
Constituyó, aunque entre riscos,
Reinos que el cielo dilata,
Primo de Don Sancho Abarca,
Descendiente de la sangre
Del Estúñiga primero
A quien debe España altares,
Privaba, merecedor
De blasones inmortales,
Con su rey, siendo en la corte
Sin segundo, primer grande,
Dando causa á siglos de oro
Su valor, pues los alfanjes
Del africano oprimidos
Procuraban conservarse
Sin atreverse á sus sierras,
Porque de su peso atlante,
Pudiera Don Lope ser
El Jove destes Titanes.
Un invierno pues, Melendo,
Cuando el cielo, en vez de estambres,
Hilando nubes á copos,
Viste los cerros y valles,
Puso los ojos Don Lope
En una dama que alzarse
Pudiera, á afectar diademas,
Con los desdenes de Dafne,
Con cuanta hermosura mienten
Los egipcios en sus Taidas,
Los griegos en sus Elenas,
Los persas en sus Alpaides,
En sus Elisás los frigios,
Los libios en sus Onfales,
Los romanos en sus Porcias,
Los medos en sus Campaspes.
Amábala el jóven Rey;
Mas como es tan arrogante
La belleza en las mujeres,
Que no reconoce á nadie,
Ensoberbecióla el verse
Sobre esferas majestades,
Faeton de su presunción,
Pues la obligó á despeñarse.
Desdeñó amores altezas,
Y antepuso calidades
Vasallas á afectos reyes:
¡Qué locas son las beldades!
Admitiendo pues servicios
De Don Lope, señalarse
Apeteció con él Vénus,

Y con Don Sancho Anaxarte.
Paró el secreto amoroso
En necias publicidades,
Que ocasionaron malicias
En corrillos populares,
Hasta que su rey lo supo;
Y si celos son gigantes
En pretendientes humildes,
¿Qué serán en pechos reales?
Llamó á Don Lope su primo,
Y declarándole aparte
Sentimientos de su ofensa,
Mas que severo, amigable;
Le pidió que desistiese
De deseos principiantes,
Sin competir con coronas
Jubiladas de rivales.
Propúsole otros empleos;
Péro ya llegaron tarde,
Que vive amor de imposibles,
Mayor, cuanto ellos mas graves.
Con todo eso, prometió
Resistencias de diamante,
Que se quebraron de vidrio
A los primeros combates;
Porque quejosa Isabela
(Así se llama la fácil
Ocasión destas desdichas)
De que mas el poder mande
Que la belleza en Don Lope,
Le notificó pesares
Que en sus ojos hechiceros
Humedecieron corales.
Creció con la resistencia
El amor, y así una tarde
Le escribió Isabela hiciesen
Atrevimientos alarde
De que amor solo tributa
A hermosuras que adelantan
Su jurisdiccion, rebeldes
Mas, á mas dificultades.
Fuéla á ver favorecido
De tinieblas, que las partes
Hacen siempre á amantes robos,
Porque el sol no los declare;
Y con una escala aleve,
Cuyos pasos en el aire,
De tantas honras vellidos,
Dieron muerte á tantos padres,
Profanar osó balcones
Al tiempo que su rey sale
Notificando desvelos
Al silencio de una calle.
Vió que, la escala tercera
Admitida, su estandarte
Iba á enarbolar amor
Sobre el mas alto homenaje
De la fama, que es la honra,
Y á los primeros umbrales
De la ofensa el pié atrevido
Del determinado amante.
Llegó el Rey, volcan de celos,
Y cortando el cordel frágil,

De aquel insulto ministro,
A Don Lope prender hace
Por la guarda que convoca.
Bien pudiera retirarse,
O, á no estar su Rey presente,
Vestir de nuevos esmaltes
El siempre temido acero,
Porque la experiencia sabe
Que á sus filos generosos
La misma muerte es cobarde.
No lo hizo por leal,
Ni lo otro por turbarse,
Ocasionando tragedias,
Y sirviéndole de cárcel
La fuerza mas enricada
Que en la cerviz arrogante
De aquellos ásperos montes
Cierra el paso á Ronces-valles.
Preso, en efeto, y huyendo
La dama á Francia, amistades
Vió Don Lope quebradizas,
Que juzgaba incontrastables,
Y faltaron á la prueba;
Que á tiro de adversidades
No hay Zopiros babilonios;
S nones son los Acates.
Aumentaron lisonjeros
Indignaciones mortales
En el Rey, que les dió oídos;
Porque en fe de ser cobardes
Las desdichas, nunca vienen
Una á una; que los males
Se precian de acometer
En cuadrillas como alarbes.
Aplaudióles el enojo
De Don Sancho; y porque acaben
De una vez celos y envidia,
Resolviéndose en matarle,
Lo hiciera, á no darle aviso
Amigos, que por librarle
De aquel riesgo, le descuelgan
Por el muro, y pisa el margen
Deseado de su foso;
Donde acudiendo parciales
Para el caso prevenidos,
Los obliga á que le saquen
De aquel sitio y de aquel reino.
Vengóse el Rey con quitarle
Los Estados y opinion;
Y hay en Leon quien se alabe
De haberle visto en Asturias,
Puesto que en toscos disfraces.
Como los dos sois tan deudos
Y tan amigos, añaden
A los primeros indicios
Estotros, y son bastantes
A que Ordoño agora intente
Venir á certificarse
Si es verdad, porque desea
Con el navarro hacer paces,
Entregándole á Don Lope;
Y yo, porque libre os halle
Del riesgo destas sospechas,

Quise, Conde, adelantarme.
Considerado ahora bien,
Y si es justo que amistades
Se favorezcan por vos,
Que ofenden dos Majestades.

DON MELENDO.

Puesto que estimo en mucho
Los avisos, Don Tello, que os escucho,
Os juro que engañado
Puede venir el Rey, mal informado
Que le desirvo en eso;
Porque ni de Don Lope ni su exceso
Hasta agora he sabido.
Ni tanto en su amistad he merecido.
Con mas breve distancia
Que las Asturias, se divide Francia
De Navarra y Pamplona,
Que á semejantes fugas ocasiona.

DON TELLO.

No logra la mentira
Máquinas maliciosas.

DON MELENDO.

Doña Elvira

Sentirá justamente,
Que sin verla os volvais. El inocente
Desprecia disparates
De la envidia; no temo sus combates.
Venid á visitalla;
Que la verdad responde cuando calla.

(Vase.)

Bosque á una jornada de Oviedo.

ESCENA II.

DOÑA BLANCA, en traje bizarro de camino; DOÑA SANGHA, acompañamiento.

DOÑA BLANCA.

¿Cuánto dista de aquí Oviedo?

DOÑA SANGHA.

Ocho leguas peñascosas,
Si á la vista deleitosas,
Gigantes que ponen miedo
A los pies para subillas
Y al tiento para bajallas.

DOÑA BLANCA.

La costumbre de cursallas
Facilita el admitillas.
Este valle es apacible,
Si mal acondicionado;
A aquel monte que elevado
Se ensoberece imposible,
Mientras da el calor licencia
Que sus faldas rodeemos,
Sus privilegios gocemos,
Huyendo la residencia
Del sol, que pesquisador
Todo lo asuela y abrasa:
Buscad sombras, mientras pasa,
Que os libren de su rigor,
Y avisad cuando os parezca
Que se templa su osadía,
Y la senectud del día
Rayos mengüe y sombras crezca.

(Vase el acompañamiento.)

DOÑA SANGHA.

Si el favor con que me ampara
Vuestra Alteza se atreviera
A exceder hoy de su esfera,
No sé si la preguntara...

DOÑA BLANCA.

¿Qué, Doña Sancha?

DOÑA SANGHA.

¿A qué efeto,
Si al Rey su hermano aguardamos,
Y en Leon nos alegramos
De que á pesar del secreto
Que amor hasta aquí ha tenido
(Si es posible que en él le haya),
Viene el duque de Vizcaya

De vuestra Alteza escogido,
Y de nuestro Rey llamado;
Digo, ¿á qué efeto se pone
En camino, y no dispone
El alma que le ha entregado,
A que en Leon le reciba?
Que juzgará á disfavor
Los retiros de su amor,
Si ausente, el verle le priva.

DOÑA BLANCA.

¿Qué de cosas que has mentido
Entre las que has preguntado!
Cuando el Duque sea llamado,
¿Sabes tú que es admitido?
Bien pudo llamarle el Rey
Mi hermano y señor; bien pudo
Un consentimiento mudo
Quejarse en mí de la ley
Que introdujo la costumbre
En las de mi calidad,
Pues contra la libertad
Dan al alma pesadumbre:
Mas no sé si podré yo
Acabar, Sancha, conmigo
Admitirle, aunque me obligo
A lo que el Rey prometió.
Triste cosa que hayan dado
Las coronas inhumanas
En desterrar sus hermanas
Por sola razon de estado!

Sancha, el Duque viene, y yo,
Como sé que en las Asturias
Contra violencias y injurias
La inocencia amparo halló,
Imploro su antigua ley
Y busco (no sé si en vano)
A Ordoño aquí como hermano;
Que en Leon le tiemblo rey. —
Mas oye: en aquella mata
Al troneo de aquel aliso,
Porque Ordoño, en tu demanda,
No á caza de gangas anda,
Sino á caza de cogernos.
Es un Heródes Ordoño,
Y tú y yo como inocentes;
Si no excusas accidentes,
O nos vuelven en madroño,
Vive Dios....

ESCENA IV.

DON LOPE, BERMUDO. — DOÑA BLANCA.

BERMUDO. (Hablando con su amo, sin parar en Doña Blanca.)

O embarcarnos ó perdersnos,
Porque Ordoño, en tu demanda,
No á caza de gangas anda,
Sino á caza de cogernos.
Es un Heródes Ordoño,
Y tú y yo como inocentes;
Si no excusas accidentes,
O nos vuelven en madroño,
Vive Dios....

DON LOPE.

Calla, Bermudo.

BERMUDO.

Que démos venganza cruel
De tí y de Doña Isabel
A los aprietos de un nudo.
¿Qué tenemos que esperar?
Gijón es fin de la tierra
De Europa, y de Ingalaterra
Huele el puerto y besa el mar:
Una nave de Plemúa
Aguarda, las vergas altas;
Si su plaza de armas saltas,
Y calles de gollos rua;
Trocando españolas cortes,
Sus soplonos desmentimos;
Y si aquí príncipes fuimos,
Seremos allá milortes.

DON LOPE.

¿Ay Bermudo! si no hubiera
En el mundo Doña Elvira....

BERMUDO.

Cantáramos tararira,
Y echáramos el mal fuera.

DON LOPE.

Signiera yo tus consejos;
Mas ¿cómo saldré de aquí,
Amándola mas que á mí?

BERMUDO.

Huyen liebres y conejos
Del Rey, con no perseguillos;
Los lobos y osos tambien
Se esconden cuando le ven;
Hasta lagartos y grillos,
Temiendo que no los tope;
Y tú que al tuyo ofendiste

(4) Suplido.

Quando con él competiste,
Y por matar á un Don Lope
Diera á Ordoño cien hermanas,
Y Ordoño, que adora en ella,
Treinta Don Lopes por ella;
En bellezas asturianas
Embobado, de tu vida
Pródigo pretendes ser!

DON LOPE.

¿Qué no acaba una mujer?

BERMUDO.

Y un mutable ¿qué no olvida?

A Doña Isabel navarra
Adorabas de tal modo,
Que diste en tierra con todo,
Discreta, noble y bizarra;
Y cuando de su constancia
Ejemplos á Francia ha dado,
¿Dirás aquí enamorado
Que esos son pueblos en Francia!
Lleve el diablo á Doña Elvira,
Causa de tu amor bisono,
Si por ella el rey Ordoño
Los medios jemes nos tira.

DOÑA BLANCA. (Ap.)

¿Qué escucho! ¿Válgame Dios!
Don Lope liguiez es este:

Para que se manifieste,
Harto me han dicho los dos.

El rey navarro le busca,
Y le persigue el leonés;
Amor es el interes
Que sus méritos ofusca.
Conocerle deseaba,
Que me refieren mil cosas,
En su abono, prodigiosas:
La misma envidia le alaba.
Desde aquí puedo escondida
Escuchar en lo que para
Esta aventura, que es rara. (Ocúltase.)

DON LOPE.

Débole á Elvira la vida.
Con su hermano Don Melendo
Facilitó el ampararme:
Sola ella pudo ocultarme
De riesgos que estoy temiendo:
¿He de dejarla y partirme?

BERMUDO.

¿No sino el alba que andaba
Entre las coles! Acaba:

Que ya es necesidad ser firme,
O irásenos con el flete
La hermana nave.

DON LOPE.

Ahora bien,
No es justo que se sujete
A dos bellezas: Elvira
Mis potencias usurpó;
Ya Isabela se murió;
Su hermosura fué mentira
Que imitando la beldad
De Elvira, vice-ejerca
Su amor mientras no la via;
Ya en esta amo la verdad
De aquella mentira leve,
Y no es bien que en mis amores
Se estimen los borradores,
Ni que conmigo los lleve,
Cuando Elvira es el traslado
Que de aquel amor primero
Saqué limpio y verdadero,
Este vivo, aquel pintado.
El retrato suyo arrojo,

(Arroja lo que dice.)

Las memorias de Isabela
Destierro, porque recela
Mi amor que causen enojo
A su nueva opositora:
Cintas, papeles, cabellos

Tambien; que estoy mal cabe ellos,
Cuando mi amor se mejora.

BERMUDO.

Oh si tambien arrojaras
Un pedazo de bobuna
Que vinculó la fortuna
Entre las virtudes raras

Con que la fama te estima!
¿Habemos de irnos, ó no?

DON LOPE.

Siempre el amor desprecio
La suerte que no le anima.
Partiréme, mas primero,
Si la vida aventurase,
Si á los dos reyes vengase,
Celoso uno, otro severo,
He de hablar á quien adoro.

BERMUDO.

Si en eso das, voy á ver
Como podré detener
Nuestra urca, puesto que el oro
Es rémora: allá te espero.

DON LOPE.

Presto volveré á buscarte.

BERMUDO.

Si no llegan á embargarte
Elgargarismo, primero. (Vase los dos.)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

Basta, que este es el opuesto
Que el rey Don Sancho persigue
Por mas que gallardo obligue,
Temor su trato me ha puesto.
¿Enamorado tan presto
De nueva prenda! ¿Ofendida
Isabela, cuya vida
Llora ausencias desterrada!
¿Por firme en Francia olvidada
Y Elvira aquí apetecida!
¿Qué mal pagados empeños!
Si los hombres, cuando amantes,
Son ¡cielos! tan inconstantes,
¿Qué serán cuando sean dueños?
Hipérboles halagüenos,
Que al paso que encarecidos,
Os desvaneceis fallidos,
Escarmentad mis temores,
Pues los que hoy venden amores,
Mañana ferian olvidos.

(Alza el retrato y lo demas.)

Mal, retrato, os ha pagado
Vuestro mutable señor;
Pero solo estais mejor
Que tan mal acompañado.
Prendas, si os han desechado
No mi lástima á lo menos;
Para ejemplos seréis buenos
De voluntades perjuras:
Venid, que hasta en las pinturas
Lloran Olimpás Virenos.
La obligacion que atropella
Don Lope, á Isabela ingrato,
Siento de suerte, retrato,
Que tengo celos por ella.
Vengarla, será ofendella;
Que quiere bien no querida,
Y casi voy persuadida
Que celosa provocada,
Me lastima la olvidada,
Y envidio la pretendida. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA, de caza á lo asturiano noble, y por otro lado el rey ORDOÑO, de caza tambien: ella con arco y flechas, y él con ballesta. Cae al suelo una perditz herida, y van los dos á cogertla á un tiempo.

ORDOÑO.

A vuelo la derribé:

En esta mata ha de estar.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué te aprovechó volar,
Si de tu castigo fué
La flecha mi ejecutora? —
Aquí pienso que cayó.
Halléla.

ORDOÑO.

Aquí se abatí.

(Cógela.)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué es esto?

ORDOÑO.

Si sois la aurora,

Que, á imitacion del planeta
Que con pasos de oro os sigue
Porque su amor os obligue,
Cazais, ¡dichosa saeta!

BERMUDO.

La que del puro cristal
De vuestras manos, se emplea
En lances que el sol desea,
Aunque con riesgo mortal!

¿Quién lo duda? Yo á lo menos
Sospechaba que habia sido
Ejecutor presumido
De empleos que envidia ajenos.

Oh, quién la avecilla fuera
Que por vos muriendo vive!

DOÑA ELVIRA.

Quien lisonjas apercibe,
Engaños en premio espera.
Hidalgo, la adulacion
No halla en la sierra hospedaje.
Seréis segun vuestro traje,
Cortesano de Leon;
Yo en la sencillez de Asturias
Criada, ni responderos
Sabré cortés, ni creeros;
Que por acá son injurias
Palabras ponderativas.
Soldad la presa, y adios.

ORDOÑO.

Preso mi alma teneis vos,
Cuyas potencias cautivas
No há un instante que pensaban
Que pudiera su poder
No ser preso, mas prender
Aves que libres volaban:
Ya mi ignorancia confieso.

DOÑA ELVIRA.

Oh! En dando en desvariar.... —
Soldad.

ORDOÑO.

Mal podrá soltar
A su juez quien vive preso.
Multiplicaréis enojos
Al paso que en mi sospechas,
Si abatis aves con flechas,
Si rendis almas con ojos.
Pero yo os quiero feriar
La presente.

DOÑA ELVIRA.

¿Teneis vos
Con qué pagarla?

ORDOÑO.

Por Dios,
Que os llegue por ella á dar
Toda un alma.

DOÑA ELVIRA.

Ya daís muestra
De que estais desacordado.
Si yo el alma os he usurpado,
¿Podréis vos, no siendo vuestra,
Ofrecérmela?

ORDOÑO.

Sospecho

DOÑA ELVIRA.

¿Cómo?

ORDOÑO.

Sin accion

Gozais vos la posesion;
Pero faltaos el derecho.
Si es mio, y dárosle trato,
No será lance feliz
Por un alma una perdz?

DOÑA ELVIRA.
Comprado hubiera barato,
A haberla yo menester;
Pero es aposento estrecho
Para tanta alma mi pecho:
Mal podrá dentro caber
Quien finge amor con cautela.
Recebid vuestra alma vos,
Hidalgo, y andad con Dios.

ORDOÑO.
Dádmela pues.
DOÑA ELVIRA.
Buscaréla;
Que hasta agora no sé donde
Se puede haber ocultado.

ORDOÑO.
Miralda en vuestro cuidado.
DOÑA ELVIRA.
Hay otro que en él se esconde,
Y no admite compañía.

ORDOÑO.
Por muerta podréis llorarla.
DOÑA ELVIRA.
Yo no puedo, en fin, hallarla.
Soltad la perdz, que es mia.

ORDOÑO.
¿Cómo, si no destrocamos?
DOÑA ELVIRA.
Pues ¿qué tengo vuestro yo?

ORDOÑO.
El alma.
DOÑA ELVIRA.
No la hallo.

ORDOÑO.
¿No?
Pues tengamos y tengamos.
DOÑA ELVIRA.
Extraño sois.

ORDOÑO.
Ya lo veo;
Que á tenerme yo por propio
Cuando vuestra imagen copio,
Siendo el pincel mi deseo
Y el lienzo mi voluntad;
No tratádes así
La potencia que os rendi.

DOÑA ELVIRA.
Si sois caballero, usad
De la cortesía agora,
Que á las mujeres debeis.
Mirad que me deteneis.
Acabemos.

ORDOÑO.
¿Quién ignora,
En los principios de veros,
Su fin dejándos de amar?
El morir será acabar,
Y acabaré con perderos.

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿qué intentais?
ORDOÑO.
Obligaros.

DOÑA ELVIRA.
Nunca obliga quien ofende.
ORDOÑO.
Siempre ruega el que pretende.

DOÑA ELVIRA.
Pues ¿qué pretendéis?
ORDOÑO.
Amaros.

DOÑA ELVIRA.
¿Amarme? No os lo aconsejo. —
Soltad, y no me enojeis.

ORDOÑO.
Eso no; que volaréis,
Si con las plumas os dejo.
DOÑA ELVIRA.
Quedáos con ellas.

ORDOÑO.
Tampoco.
DOÑA ELVIRA.
¿Por qué?

ORDOÑO.
Se las lleva el viento.
DOÑA ELVIRA.
¿Qué importa?

ORDOÑO.
Ser libre intento
DOÑA ELVIRA.
Pesado estais.

ORDOÑO.
Estoy loco.
DOÑA ELVIRA.
Del loco, huir.

ORDOÑO.
Ya estoy cuerdo.
DOÑA ELVIRA.
¿Tan presto?

ORDOÑO.
De mí me admiro.
DOÑA ELVIRA.
¿Cómo?

ORDOÑO.
Sosiégo si os miro.
DOÑA ELVIRA.
¿Milagro!

ORDOÑO.
Enfermo si os pierdo.
DOÑA ELVIRA.
Pues ¿qué remedio?

ORDOÑO.
Curarme.
DOÑA ELVIRA.
¿De qué suerte?

ORDOÑO.
Con oirme.
DOÑA ELVIRA.
¿Si no puedo?

ORDOÑO.
Es consumirme.
DOÑA ELVIRA.
¿Y si me ausento?

ORDOÑO.
Es matarme.
DOÑA ELVIRA.
Dios os perdone.

ORDOÑO.
Es crueldad.
DOÑA ELVIRA.
Pues yo ¿debós algo?

ORDOÑO.
Sí.
DOÑA ELVIRA.
Niego la deuda.

ORDOÑO.
¿Ay de mí!
DOÑA ELVIRA.
¿Qué os debo?

ORDOÑO.
La libertad.
DOÑA ELVIRA.
¿Téngola yo?

ORDOÑO.
¿En eso estamos?
DOÑA ELVIRA.
Soltad.

ORDOÑO.
Mi alma os pido yo.
DOÑA ELVIRA.
No la hallo, hidalgo.

ORDOÑO.
¿No?
Pues tengamos y tengamos.

ESCENA VII.

DON MELENDO, DON TELLO, DON GARCIA. — DOÑA ELVIRA, DON ORDOÑO.

DON MELENDO.
¿Aqui decis que quedaba
Su Alteza cazando?

DON GARCIA.
Aqui
Le dejamos.
DON MELENDO. (Viendo á Ordoño.)
Conseguí

La ventura que esperaba.
(Ordoño al ver á los que se le acercan
suella la perdz, y quedase Doña Elvira
con ella en la mano.)
Gran señor, por nuestra sierra
Vuestra Alteza honrando valles!

(Doña Elvira arroja la perdz.)
No envidien desde hoy sus calles
Las que vuestra corte encierra.
Dadme esos invictos piés.

ORDOÑO.
Conde Don Melendo, alzá.
DOÑA ELVIRA.
¿Jesus! ¿el Rey?

ORDOÑO.
Levantad.
DOÑA ELVIRA.
Siempre fué poco cortés,
Gran señor, la rustiqueza
De una sierra en la distancia
De la corte, y la ignorancia
Atrevida: vuestra Alteza
Mi poco conocimiento
Perdone.

ORDOÑO.
A estar yo ofendido
De vos, que testigo he sido
De que sagrados del viento
No se atreven á amparar

ORDOÑO.
Aves que en él abatis,
El perdon que me pedis,
Pretendiera yo alcanzar
De vos; que os temo inhumana,
Cuando os reverencio hermosa.

DON MELENDO.
A lo menos de dichosa
Puede blasonar mi hermana,
Haciéndola vuestra Alteza
Tanta merced y favor.

ORDOÑO.
¿Vuestra hermana?
DON MELENDO.
Sí, señor.

DOÑA ELVIRA.
Y esclava vuestra.
ORDOÑO.
Belleza

Tanta (puesto que se esconde,
Por no oprimir libertades,
Entre aquestas soledades),
A estar yo advertido, Conde,
Bien pudiera colegir
Que era generoso fruto
De vuestra casa.

DON MELENDO.
Es tributo
Con que os pretende servir;
Y yo que en esto la heredo,
He juzgado, gran señor,
A especie de disfavor
Que cuando volveis de Oviedo,
Pasando por nuestra casa,

ORDOÑO.
Salgo á darte parabienes,
Doña Elvira..... Soy grosero;
Que hablar por diminutivos
A quien tiene pensamientos
Coronados por amantes,
Es profanar el respeto
De un alma ya entronizada,
Que ofrece á un rey aposento.
(Quitase el sombrero.)
Salgo á dar á vuestra Alteza
Parabienes del empleo
En esta caza adquirido.
Hallado en este desierto.
Poco mil años sus lances;
Que quien diestra tira al vuelo
una perdz trasformada

De ilustrarla os desdeñeis;
Que el sol y el Rey, ya sabeis
Que da luz por donde pasa.

ORDOÑO.
Alabado me han la quinta
Que aqui habeis mandado hacer.

DON MELENDO.
Una casa es de placer,
No como la fama pinta,
Mas, en fin, para en montaña
Tan áspera, entretenida,
Y labrada á la medida
Del dueño que la acompaña:
Ya emendará cortedades
Con los favores que espera
De vuestra Alteza.

ORDOÑO.
Si esfera
Entre esas matas oculto,
Por presumido, soberbio,
Llegué á acecharos Diana,
Cuando Ordoño os halló Venus.

ORDOÑO.
¿Qué cortés le recibistes,
Sin conocerle! y ¡qué tierno
Dispuso ponderaciones
Con que cohecharos deseos!
¿No os pareció muy bizarro?
Pero ¿qué príncipe hay feo?
¿No es su discrecion notable?

ORDOÑO.
Pero ¿cuándo un rey fué necio?
No hay claves que no falseen
Coronas; y seguí esto,
Poco importó el advertirle
Tenerle cerrado el pecho.
Alojábame en él yo
Confiado y indiscreto;
Hallé en mi compañía;
Es rey, túvele respeto;
Despeje la posada,
Porque en lugar tan estrecho,
No saliendo el uno, ¿cómo
Un vasallo y rey cabremos?

ORDOÑO.
Por lo rico apetecible,
Admitido por lo nuevo,
Por el sitio ocasionado,
Por lo interesante bello,
Y ya en vuestro corazon
Huésped: fuera desacierto
Volverle la libertad
Que os pidió; yo os lo confieso
¿No os dijo: «Volvedme el alma
Que me usurpais?» ¿No os oyeron
Mis penas que respondistes:
«No la halló, caballero?»
No la hallastes, por hallaros
Bien con ella; pues es cierto
Que si niego lo que usurpo,
Doy muestras que lo apetezco.
El, en efeto, esta noche
Es dos veces huésped vuestro:
Vos le aposentais el alma,
Vuestra alegre quinta el cuerpo
Yo de entrambas despedido,
Ya que á Navarra me vuelvo,
Por desocupar posadas,
Sacar las prendas intento
Que os deposité ignorante;
Que en fin, peca de grosero
Quien aguarda que le digan
Que se vaya. Pensamientos
Y memorias tengo vuestras:
¿Pobre de mí si las llevo!
¿Qué mala vida han de darme!
Tomaldas, y destroquemos.
Dadme mis sentidos vos,
Que ya como esclavos viejos
Os estorbarán el gusto:
Volvedme á dar mis deseos.
¿Qué va que no me decis:
«No los hallo?» Ni yo pienso,
Cuando engañado os lo oyerá
Como Ordoño responderos:
«Pues tengamos y tengamos».

ORDOÑO.
Esperad, ó vive el cielo,
Que descaminen agravios
Castigos ó atrevimientos. —
Doña Elvira Osorio soy,
Y de la estirpe desciendo
Del infante Don Pelayo,
Rey en Asturias primero.
Alvar Perez fué mi padre,
Y mi hermano es Don Melendo,
Cuyas hazañas bastaron
A constituirles reino
En los llanos de Leon
A principes, que en Oviedo
Entre riscos parecian
Mas que reyes, bandoleros.
Siendo pues mis ascendientes
Reyes, y sus herederos
Triunfadores de coronas,
Que africanos le rindieron;
Cuando Ordoño pretendiese
Lazos del tálamo honesto
Que á su silla me igualasen
Coronándome en su aposento,
¿Qué quilates perderia?
Ó yo, á su estado ascendiendo,
¿Qué grados podré añadir
A los ilustres que heredo?
¿Tan grande me viene Ordoño?
¿Tan poco es lo que merezco?
¿Tan humilde mi fortuna,
Tan dilatado su imperio,
Que culpándome ambiciosa,
Juzgais que me desvanezo
Con ofertas majestades
Que alteren mis pensamientos?
Pues desengañaos, Don Lope;
Que para merecimientos
De mi presuncion altiva
Me viene el Rey tan pequeño,
Que á su lado soy gigante;
Y que es tan alto mi vuelo,
Que me perderán de vista
Las águilas de un imperio.

ORDOÑO.
¿No?
Pues tengamos y tengamos.

ORDOÑO.
¿No?
Pues tengamos y tengamos.